

INSTRUCCION

SOBRE LAS ORACIONES

QUE EL SACERDOTE DICE

AL PIE DEL ALTAR.

PSALMO XLIII. v. 1.

*Júzgame, Dios, y discierne mi causa
de la gente no santa.*

QUANDO la historia de los primeros siglos de la Iglesia no nos enseñase que los pecadores públicos estaban excluidos de la participacion de los Sacramentos y de la concurrencia á nuestros santos misterios, las palabras de que se sirve la Iglesia al empezar el Sacrificio bastan para probarlo, y para advertir á todos los que por desgracia anden por los caminos de la iniquidad, que su indulgencia no los autoriza para profanarlo con

que el Sac. dice al pie del Alt. 191

sus irreverencias, ni para ultrajar la Víctima con el endurecimiento de su corazón. Solo el justo que ha conservado su inocencia, ó el penitente fiel que ha lavado sus manchas en la Sangre del Cordero, puede decir con el Profeta: júzgame, Señor, no en el rigor de tus juicios, sino segun las leyes de tu misericordia: yo no ando por los caminos de los malos, yo no tengo trato ni comercio con ellos; y así, Dios mio, no me comprendas en los anatemas que pronuncias contra sus pecados. Este testimonio consolador autoriza tambien á las almas fieles para decir llenas de confianza: subiré al Altar del Señor: entraré en su Santuario, y buscaré en él la alegría de mi corazón, y el apoyo de mi flaqueza.

Si los pecadores no pueden hablar de esta manera, pueden á lo ménos entrar en aquellos sentimientos que se requieren para prepararse. Estas oraciones, y las que vamos á explicar en la presente Instruccion son en algun modo las oraciones preparatorias del Sacrificio de la Misa: es decir, que despues que el Sacerdote, y los fieles se disponen en secreto para una ac-

cion tan santa, la Iglesia quiere prepararlos con oraciones públicas y comunes. Por tanto meditemos las reflexiones que quiere inspirarnos esta tierna Madre.

Pero ántes de empezar la explicacion de esta parte de la Misa, no será inútil destruir una preocupacion nacida sin duda de la tibieza de los Cristianos, los quales ligándose á la letra del precepto de oír Misa en los dias festivos, ignoran y preguntan desde qué parte de ella debe asistirse para cumplirle. Esta pregunta ha sido muchas veces propuesta, y otras tantas respondida con solidez; y aunque ninguno de vosotros tiene sin duda por qué ser reprehendido en esta parte: sin embargo me parece conveniente daros una Instruccion completa en la materia para que podais combatir este error por vosotros mismos.

Hay obligacion de asistir al Sacrificio de la Misa todos los dias que la Iglesia ha consagrado para honrar los misterios de nuestra religion, y celebrar la memoria de los amigos de Dios. Este es un precepto positivo para todos los Cristianos; y la Iglesia, que

guiada por el Espíritu Santo, nada prescribe que no sea muy justo y conforme, ha establecido las oraciones, y las ceremonias que deben preceder, acompañar y seguir á la celebracion de nuestros santos misterios. Si ella ha tenido por necesario que la oracion preceda á la oblacion, y que siga la accion de gracias, ¿quién de nosotros podrá decir que prácticas tan santas son inútiles, ó de supererogacion?

Si se nos pregunta si basta en rigor presentarse en el templo al tiempo del Ofertorio; si es aquí donde precisamente empieza el misterio representativo de el de la cruz; y si quando por un accidente llegamos á esta parte de la Misa, debemos esperar que empiece otra; responderé afirmativamente que la Iglesia no ha puesto restriccion alguna en este punto: que no es necesario para que una oracion sea de precepto, el que pertenezca esencialmente al Sacrificio: que si la razon de imposibilidad absoluta no excusa la omision de alguna de estas oraciones, no es fácil carecer de pecado quando, ó no estamos á tiempo de prepararnos con el Sacerdote, ó de unirnos á él en las expresiones de su reconoci-

miento; y finalmente que no hay un punto de moral que necesite de ménos discusion y exámen que éste, porque no hay otro sobre el qual hable con mayor seguridad y claridad una conciencia timorata.

Debemos pues acompañar al Sacerdote al pie del Altar para entrar con él en el Santuario: debemos empezar el tremendo Sacrificio por la señal de la Cruz, que á la virtud de representar el misterio de nuestra reconciliacion, junta la de prepararnos los medios que se requieren para ella: esta cruz es la señal del Cristiano, y su distintivo del infiel: la Iglesia nos enseña á usar de ella ántes de empezar qualquiera obra, principalmente las que miran á la religion, y quando la usamos en las obras temporales, y en los trabajos que nos sobrevienen, nos atrae sin duda la benediction divina, sin la qual todo es infructuoso, así en el orden físico, como en el moral. Por esta causa la Iglesia hizo de esta señal la primera de las ceremonias que componen la Liturgia, y esta práctica es entre todas la mas antigua. Tertuliano y San Cypriano, que son los Escritores eclesiásticos mas in-

mediatos á los tiempos apostólicos, hablan de este uso, como que era general en todas las Iglesias. La señal de la cruz es una invocacion de todos los misterios de nuestra religion santa, un homenaje que tributamos á las tres Personas de la Santísima Trinidad, y un acto de reconocimiento de quanto ha obrado Dios Padre, Hijo, y Espíritu Santo en favor nuestro. Tributémosle pues este homenaje en todo tiempo y lugar; pero principalmente en aquel en que su misericordia se derrama con mas abundancia.

El Sacerdote extiende esta señal desde la frente hasta el pecho, que es como la hacen comunmente todos los Cristianos; pero no es este uso el único que ha adoptado la Iglesia, porque tambien se hace en la frente, para marcar en ella el carácter de eleccion que debe distinguir un dia los amigos de Dios de aquellos que son el objeto de su ira: tambien se hace en la boca, y por este medio ponemos en ella una Sentinela que nos guarde de hablar, ni una sola palabra contraria al honor que debemos á Dios: se hace asimismo en el pecho para arrojar del corazon todo

afecto desordenado, toda inclinacion peligrosa, y qualquier afecto de la voluntad que se oponga á la de Dios; pero la señal que precede á la oblacion es mucho más extensa, á fin de que el Cristiano se acuerde que su ofrenda debe ser perfecta, segun que se lo permita su indigencia, ó que á lo ménos debe reunir todas sus facultades, y consagrar todas las potencias del alma, y todas las fuerzas del corazon para alabar, bendecir y dar gracias al Autor de todos los bienes que van á comunicársele en este Sacrificio.

El espíritu de adoracion ha de ser el compañero inseparable de esta primera práctica, y segun este espíritu debe decir el Cristiano con el Sacerdote, entraré al Altar del Señor. Este verso y lo restante del Salmo se dice alternativamente entre el Sacerdote y el asistente, para dar á entender al Pueblo la necesidad de unirse, no solo de corazon y de espíritu, sino tambien recitando las mismas oraciones, ó á lo ménos aquellas, cuyo sentido sea relativo al objeto del Sacrificio. No trato aquí del modo verdadero de oír Misa, porque lo reservo para otro lugar, don-

de no dexaré ninguna duda sobre la materia: hablo aquí para aquellos fieles, que por no saber leer estan obligados á decir algunas oraciones vocales. Sean las que quieran estas oraciones, es indispensable que esten con la atencion más escrupulosa á las acciones del Sacerdote, y que se pongan en estado de referir todas estas fórmulas, á las que la Iglesia ha consagrado para la divina oblacion. Las personas pues que desean entrar en el espíritu del Salmo, con que empieza la Misa corresponde que le lean algunas veces en particular, y que se penetren de los sentimientos que experimentaba el Profeta, á fin de que cada una de sus palabras sea una expresion sincera de las disposiciones de su corazon al presentarse en el Altar.

A este Salmo sigue la confesion, que el Sacerdote y los asistentes hacen de sus pecados. Esta confesion es absolutamente necesaria para prepararse al Sacrificio de la Ley nueva, y Dios la exigia tambien para todos los sacrificios que habia designado á Israel. El gran Sacerdote quando hacia los Sacrificios públicos; los demas Ministros de la Ley quando inmolaban á Dios las víctimas

por las necesidades particulares; los Israelitas mismos quando llevaban sus ofrendas; estaban obligados por un precepto formal á confesar sus faltas por estas palabras: *he pecado, he sido injusto*. Estos Sacrificios solo eran sin embargo la sobra de la reconciliacion, y las señales estériles de una remision futura; pero en la Misa la víctima se ofrece por el pecado de una manera real y eficaz, y por esto el Sacerdote y los asistentes manifiestan en la confesion su dolor por estas palabras: *pequé gravemente con el pensamiento, palabra y obra*.

Esta fórmula se recita primero por el Sacerdote, porque á él le toca dar el exemplo de esta disposicion, y animar al Pueblo confesándose pecador, y manifestandole que necesita para si la indulgencia que solicita para sus hermanos. La confesion se repite por el Pueblo, á fin de formar entre los Ministros y los asistentes una especie de concierto, y una armonía de gemidos y de dolor. ¡Ah, cuán diferente es esta armonía de aquella que se oye en el cielo, en donde todos los Espíritus bienaventurados can-

tan la gloria del Dios que adoramos, diciendo: *Santo, Santo, Santo, es el Dios de los exércitos!* El miserable pecador postrado aquí á los pies del Tribunal de su Juez, exclama diciendo para mitigar su cólera: *pequé por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa: compadeceos, Señor, de mis pecados, y mirad el llanto y el dolor que le cuestan á vuestra Iglesia*. De esta manera se explicaba tambien el Profeta, y la confianza que nace de una disposicion semejante es sin duda muy poderosa y fundada. ¡Oxalá que todos los Ministros que ofrecen el Sacrificio unidos á los fieles que asisten á él, presentasen á Dios corazones penetrados de compuncion y de dolor! ¡Oxalá que pudiera decirse de las primeras gradas del Santuario lo que la historia sagrada nos dice de aquel lugar donde Israel reconoció y lloró sus ingratitudes! El Señor escucharía en este lugar, verdaderamente de gemidos, nuestras voces, enxugaría nuestras lágrimas, y nosotros no nos levantariamos jamas sin estar asegurados de una perfecta reconciliacion. Pero por desgracia la costumbre misma de recitar esta fórmula, es la cau-

sa de la indiferencia, y de la tibieza de los Ministros, y de los asistentes. Hagámos justicia, hermanos míos: si empre que postrados á los pies del Altar decimos: yo confieso á Dios: me acuso en la presencia de Dios de todos los pecados de mi vida; insultamos su justicia si al hacer esta deposicion contra nosotros mismos, no se parte de dolor el corazon. ¿Por ventura hemos reflexionado que Dios puede condenarnos un dia, no solo por nuestro propio testimonio, sino tambien por el de todos los Santos que invocamos en esta fórmula? Una Virgen que no ha conocido el pecado, un Arcangel que ha triunfado del Príncipe de los demonios, un Santo que no es el amigo del Esposo, sino porque ha sido el enemigo del pecado, dos Apóstoles, ambos pecadores, pero ambos penitentes, nos enseñan con su contricion y sus lágrimas que no se consigue la misericordia sino por el verdadero arrepentimiento: una multitud de Santos que deben al Sacrificio que vamos á ofrecer su victoria sobre el pecado, y una Iglesia que, aunque profanada algunas veces en sus miembros, es inmaculada sin

embargo como el Esposo que la ha escogido, son los testigos, quizá para nuestra confusion eterna, de la confesion que hacemos ante el Señor Todopoderoso. Digo para nuestra confusion eterna, porque si las palabras de la confesion nacen de una alma fria y lánguida; si el pecado no es ni ménos conocido, ni ménos amado en nuestro corazon; si la repeticion de las mismas palabras no añade cosa alguna á nuestras resoluciones; ¿no podré yo decir de los pecadores que se explican con tanta frialdad é indiferencia lo que dice un Santo de todos los que oran sin atencion y sin fé, á saber, que se moñan de Dios, sirviéndose de términos que no explican los sentimientos de su corazon? Parémonos un poco en esta reflexion tan propia para renovar en nosotros los sentimientos que nos inspira esta fórmula, como para curar nuestra insensibilidad: y concluyamos diciendo; que muchas veces son tan defectuosos los primeros pasos que damos ácia la Hostia de propiciacion, que exigen una reparacion de nuestra parte, y de la de la víctima, una aplicacion especial del Sacrificio; y que

si hasta aquí ha sido para nosotros infructuoso este Sacrificio, debemos acusar á nuestra disipacion é indiferencia. En adelante, quando presenciemos este Divino Sacrificio, confesemos esta insensibilidad como todos los demas pecados de nuestra vida: he pecado, Señor: por mi culpa ha sido vuestro Sacrificio infructuoso tantas veces para mí: por mi culpa ha subsistido en mí, á pesar de todo el poder de vuestra Sangre adorable, la mancha vergonzosa del pecado: por mi grandísima culpa el mas santo de los Sacrificios, y el mayor de los misterios, me ha encontrado sin fe y sin dolor: y el mas poderoso de los medios de salvacion sin fervor, sin reconocimiento y sin amor al mayor de todos los beneficios.

Dios mio, así lo confieso: haced que mi confesion, inspirada por el dolor mas vivo, y seguida de una pronta indulgencia, me consiga una reconciliacion eterna. Así sea.

SEGUNDA INSTRUCCION

SOBRE

LA MISMA MATERIA.

EPISTOLA DE SANTIAGO, cap. 5. v. 16.

Orad los unos por los otros, para que seais salvos.

EL Apóstol Santiago es el que da este consejo á los fieles de los primeros siglos, despues de haberles dicho: confesad pues vuestros pecados uno á otro. Esto es precisamente lo que hace la Iglesia en esta parte de la Misa que os hemos explicado, y que tambien va á fixar hoy nuestra atencion. Esta confesion mutua se hace por el pueblo, y por el Sacerdote recitando ambos la fórmula destinada para hacer la confesion de sus pecados, y despues se desean

recíprocamente en las demas oraciones que siguen la misericordia de su Dios.

No perdamos de vista, hermanos míos, que la contrición es la disposición esencial que debe conducirnos al Sacrificio de la Misa; como la Iglesia nos lo hace entender en las diferentes oraciones que ha consagrado para este fin. Ella nos enseña que á proporcion que se manifiestan en este misterio la paciencia, la bondad y la dulzura de Jesu-Cristo, debemos nosotros manifestar tambien un temor respetuoso, una humildad profunda, y una total desconfianza de nosotros mismos: que el estado de justicia y de santidad no solo es necesario en el Ministro que ofrece, y en los asistentes que por la Comunión Sacramental participan realmente del Sacrificio, sino que es asimismo una obligacion indispensable de todos los que participan de él espiritualmente: de manera que si no llevamos la justicia original conservada en toda su integridad, ó reparada por la penitencia, debemos á lo ménos llevar un principio de amor, y el deseo mas vivo de conservarle; y penetrados pues de estas ver-

dades, sigamos á la Iglesia meditando atentamente las oraciones que ha dispuesto.

El Sacerdote y los asistentes imploran ante todas cosas la misericordia de nuestro Dios y Señor; porque saben que si son admitidos á la participacion de un misterio tan grande, no es á título de justicia, ni por razon de un mérito propio y personal, sino que todas las gracias que Jesu-Cristo va á dispensarles, son el efecto de una compasion del todo gratuita. Ellos conocen que la remision de los pecados es el efecto esencial de este Sacrificio, efecto que Jesu-Cristo quiere hacer depender de la confesion, y para manifestarlo así dicen alternativamente esta oracion: *el Señor Todo-poderoso tenga misericordia de ti, ó de vosotros, y perdonados tus pecados te lleve á la vida eterna.* En fin, ellos reconocen que la victima de propiciacion es tambien la prenda de una feliz inmortalidad.

!Oxalá que la caridad mutua nos animase quando recitamos esta fórmula, y que los simples fieles pidiesen con ardor para el Sacerdote la misericor-

dia, la indulgencia y la remision perfecta de sus pecados, considerando que el buen suceso de su ministerio depende mucho de las disposiciones con que se presente en el Altar! Aunque Jesu-Cristo, á pesar de la indignidad y baxeza de sus Ministros, pueda obrar y obre realmente en los corazones prodigios de misericordia; será sin embargo muy apreciable á sus ojos, y de grande utilidad para los asistentes un Sacerdote que haya purificado con la gracia los labios y el corazon. Las peticiones que haga en nombre del Pueblo serán escuchadas siempre, porque estarán revestidas de la justicia del mismo Jesu-Cristo, y serán guiadas por su espíritu, y conformes á las miras que tiene en su Sacrificio. Pero si tal pureza se pide en los Sacerdotes, los Cristianos que asisten á la Misa deben estar animados tambien del espíritu de caridad, y revestidos de toda justicia. Así unos y otros inclinados al pie del Altar, exclaman con el mismo espíritu, y la misma confianza, diciendo: *Dios mio, si nos vuelves tu rostro, nos darás vida nueva, y tu Pueblo se regocijará en tí. Haznos sentir, Señor,*

los efectos de tu misericordia, y danos el Salvador que viene de ti. Señor, oye mi oracion, y llegue á ti nuestro clamor. Estas son las últimas oraciones que se dicen al pie del Altar, las quales son de un uso muy antiguo en la Iglesia, y reunen en sí la brevedad y la energia conforme al precepto que Jesu-Cristo dió á sus Apóstoles quando les dice: *orad en pocas palabras.* En efecto, debemos evitar con todo cuidado las oraciones largas y enfáticas de los Fariseos. Las oraciones breves son fáciles de retener por el comun de los fieles, y muy proporcionadas para usarlas en las diferentes necesidades de la vida, y así la Iglesia las repite comunmente ántes de empezar las horas canónicas.

El Sacerdote sube al altar, y reconociendo siempre que la pureza del corazon es la primera disposicion que exige el Sacrificio, dice la oracion siguiente: *Te sulpicamos, Señor, que nos perdones, y apartes de nosotros nuestros pecados, para que podamos entrar en el Santuario con la pureza debida.* ¿Cuál es, mis hermanos, esta pureza que pide el Sacerdote para sí, y

para los asistentes, sino una pureza desprendida de toda pasion, y libre de todo afecto peligroso: una pereza de docilidad y de fé, que cree sin exâminar, sin contradecir ni disputar quanto nos enseñan la ley y la revelacion: una pureza de vigilancia y de fidelidad que abraza y practique con gusto todas las obligaciones Cristianos: una pureza de fervor y de piedad para presentarse en el Altar, abrasado en el amor mas vivo, y penetrado del mas profundo reconocimiento: una pureza de contricion y de humildad para conocer su indignidad y su baxeza? Esta es la pureza que pide el Sacerdote, y que exige Jêsu-Cristo en todos los que vienen a presentar el Sacrificio, y que los Cristianos deben atraer con la oracion, y alimentar con los buenos deseos del corazon. El Profeta Rey estaba bien penetrado de estas disposiciones, quando decia: *Señor, ¿quién será digno de habitar vuestro Tabernáculo, y descansar sobre vuestro santo Monte, sino el que ande por caminos rectos, y que practique las obras de justicia?* Temamos por tanto mas que la muerte misma todo aquello que puede excluarnos del

Santuario, porque esta separacion es en realidad una verdadera muerte, y digamos sin cesar: Señor, perdónanos, ten misericordia de nosotros, y destruye en nuestros corazones hasta las menores raíces del pecado.

Llegado el Sacerdote al Altar, y convencido de nuevo de sus pecados, de la necesidad de impetrar la misericordia, y de la ineficacia de sus propios méritos, dice la oracion siguiente: *Suplicámoste, Señor, por los méritos de tus Santos, cuyas reliquias estan aquí, y de todos los demas que te dignes perdonarme todos mis pecados.* El Sacerdote se inclina al decir esta oracion, besa el Altar, invocando á los Santos, y la Iglesia que no establece ninguna ceremonia sin aplicarla un sentido espiritual, quiere por estos medios acordarnos la humildad y la confianza, estas dos virtudes sublimes, que hacen la felicidad de los Cristianos ilustrados, que saben huir de los excesos en que incurren algunos timoratos, pero poco instruidos. Desde este momento el Sacerdote, á pesar del conocimiento de su baxeza, y de su indignidad, ya no habla sino de confianza, de contricion y de temor:

su postura misma está indicando el estado de un delinquente, indigno de las miradas de su Dios. He aquí las palabras y la aptitud que corresponden siempre á un pecador, y que en general convienen á todos los que participan del mismo Sacrificio; pero como no debe sin embargo suponerse en unos y otros la baxeza voluntaria y sacrílega, que es el fruto de la obstinacion, y del endurecimiento, es admitido el Sacerdote á besar el Altar, que es la figura de Jesu-Cristo; y entónçes con humilde confianza se constituye en el número de los amigos del Esposo, de los convidados á su mesa, y de los Ministros consagrados para servirle. ¡Oxalá que los Cristianos tibios é indiferentes se acuerden siempre de que este puesto honroso no está destinado sino para los que conozcan y confiesen sus pecados, y que el abuso mas opuesto á este Sacrificio es el presentarse en el templo, y asistir á la celebracion de los santos misterios, sin considerar la miseria de su corazon, sin convertirse á exâminar su propia enfermedad, sin desconfiar como deben de sus propias disposiciones, y sin temer la Magestad del Dios que se va á

inmolar sobre el Altar; pero el Cristiano tímido debe asegurarse y persuadirse que las enfermedades diarias, siempre combatidas y detestadas, que las fragilidades inevitables, pero reparadas con el ejercicio de las virtudes cristianas, no son quando subimos al Altar sino un motivo para llorar nuestras culpas, y que Dios á pesar del ódio implacable que tiene al pecado, y de la santidad de su justicia, ha establecido este Sacrificio como un medio para poder baxar á la tierra sin comprometer su justicia y su divinidad; y para que nosotros pudiésemos subir hasta su trono sin ultrajar su Majestad y su grandeza.

En esta oracion se acaba la primera parte de la Misa, que hemos llamado preparacion. Nos importa pues ántes de ir mas adelante en la explicacion de las fórmulas de la Liturgia, reunir baxo un solo punto de vista todas las reflexiones, que esta primera parte nos presenta.

Ya hemos distinguido dos suertes de preparaciones, la una particular y secreta, y la otra pública y comun. La primera mira especialmente á los Ministros, los quales estan precisados á re-

zar las oraciones que la Iglesia ha establecido para este objeto; pero el pueblo no está dispensado por esto de los sentimientos que contienen estas oraciones, y esta es una suerte de preparacion preliminar, á la qual debe sujetarse todo Cristiano quando se dispone á oír la santa Misa: es decir, que su respeto y su reconocimiento deben precederle en alguna manera al Altar, porque es imposible, si se presenta sin ninguna preparacion, que su corazon y su espíritu se presten facilmente á las diferentes disposiciones que exige este Sacrificio.

La segunda preparacion consiste en las oraciones que dice el Sacerdote al pie del Altar. La omision en este punto es siempre reprehensible, y la falta de asistencia sin motivos y razones justas á esta parte de la Misa, será culpable á pesar del pretexto que suele alegarse de si pertenece ó no á la esencia del Sacrificio. Esta reflexion tiene tambien lugar para aquellos que, aunque se hallan presentes, tienen su espíritu y su corazon muy distantes de los sentimientos que la Iglesia nos inspira por medio de estas oraciones.

Empieza esta parte con la invocacion de la adorable Trinidad. La señal de nuestra redencion anuncia ya el efecto que debe tener el Sacrificio, y desde este momento no habla el Sacerdote sino de sus pecados, y de los del Pueblo: ya no piensa sino en indulgencia y misericordia: en una palabra, se ve en su persona la figura del verdadero Isaac, cargado con el madero de su Sacrificio, y dispuesto á subir al lugar de la inmolacion, cubierto á los ojos de su Padre con los pecados que va á reparar, y penetrado al mismo tiempo de la idea de su la inflexible justicia, que no dexa ningun pecado sin castigo, y de su misericordia inefable que jamas abandona al pecador á la desesperacion y al desaliento. ¿Será posible que la costumbre de asistir á ceremonias tan augustas y tan tremendas nos haga insensibles? ¿Será posible que nuestro corazon desde el principio de esta accion santa no se corra, segun la expresion del Profeta, como la cera que se derrite al fuego? Las santas Mugeress que á las puertas de Jerusalem vieron subir á Jesu-Cristo al Calvario ¿tuvieron un espectáculo mas interesante que

el que se nos presenta en esta primera circunstancia de la Misa? Aquel espectáculo sin duda fué mucho mas sensible, porque los objetos exteriores hacen siempre mas impresion en todos los que se dexan conducir por los sentidos; pero mirando con los ojos de la fé uno y otro paso de Jesu-Cristo, me parece en alguna manera mucho mas digno de mi atencion y de mi amor á los pies del Altar, que á los pies del Calvario. Allí iba á consumir con una sola oblacion la salud de los hombres, y aquí se ofrece sin intermision, y se ofrecerá hasta que ponga término á los siglos: allí las hijas de Jerusalem solo fijaban su vista en el hijo mas hermoso y mas sensible de los hombres, inmolado al furor de sus enemigos: aquí veo á Jesu-Cristo cargado con mi cruz, revestido de mis flaquezas, que ofreciéndose para mi redencion quiere conducirme al lugar de su Sacrificio: allí solo se presenta á Israel un objeto de terror y de espanto, y aunque diferentes veces habia dicho que el que quisiese ser su discípulo llevase su cruz, y le siguiese; sin embargo no hay quien quiera subir con él al Calvario

para no verse expuesto á participar de los horrores de su Sacrificio, y así los Apóstoles no le siguen sino de léjos; pero aquí todo me anima y me asegura; nada me espanta en el espectáculo que se me ofrece á la vista: ya no se derrama la sangre de la víctima: ya no me parecerá cruel el Sacerdote que la sacrifica, ni el Pueblo que participa de ella: yo no veré aquel furor sanguinario de los Judíos, y por esta causa exclamaré con la Esposa de los Cántares: Señor, subid al Altar de vuestro amor, y llevadme con vos: yo vuelvo á vos atraído por el olor de vuestros perfumes, es decir, por las virtudes que me habeis enseñado vos mismo: arraygadlas pues en mi corazon, y haced que el temor, la humildad y la contricion me conduzcan á vuestro amor, y este amor á gozaros eternamente. Así sea.